

**CAPACIDAD REVOLUCIONARIA
DEL PROLETARIADO
II Certamen Socialista
celebrado en Barcelona
el día 10 de noviembre de 1889
en el Palacio de Bellas Artes**

Anselmo Lorenzo

Capacidad revolucionaria del proletariado

Lema: “La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”.

Me propongo el estudio del tema presentado por la Sección de Dependientes de Gafé de Reus, porque, además de las consideraciones generales que expondré, con él se me ofrece ocasión de combatir una preocupación harto arraigada aún y que, como todas, es una rémora, y, por tanto, causa de retraso en el triunfo de la anhelada emancipación del obrero: tal es la creencia de que ha de esperarse que todos los trabajadores sean ilustrados para que pueda ser posible la Revolución Social.

Este trabajo, valga por lo que valiere, está inspirado en la idea de cooperar al triunfo de la Anarquía y de honrar a los dignos obreros sacrificados en Chicago por los soberbios burgueses que monopolizan el territorio y la riqueza de la república norteamericana. Me uno, pues, en esta noble idea, a los Dependientes de Café de Reus, a la Comisión organizadora de este Certamen y a cuantas colectividades y compañeros se disponen a solemnizar el 11 de Noviembre.

Enseña la lógica, y admite perfectamente la razón, que un acto, como expresión de la voluntad, ha de ser precedido de un juicio, resultado de un examen de las circunstancias favorables o ad-

versas de los elementos que integren el asunto en cuestión.

Primero el estudio, luego la solución sintética, después la volición o determinación de la voluntad, por último la ejecución.

Este es el curso fatal que sigue la actividad humana.

Trata el tema de si un acto de la voluntad colectiva de la sociedad ha de ser precedido de un juicio determinativo de la misma, y la respuesta, según el principio sentado, debiera de ser afirmativa.

La cuestión, no obstante, es compleja y dista mucho de presentarse con esa sencillez.

Si el curso de la actividad humana, ley universal del pensamiento y de la voluntad, fuese favorecido por la sociedad, el progreso hacia la perfección sería rápido. Dificultado como está, se retarda en razón de los obstáculos que se le oponen, pero predomina siempre, a semejanza de una corriente que obedeciendo a la ley de la gravedad camina pacíficamente en su cauce, y si se le opone una presa, se desborda en impetuosa cascada, siguiendo después su impulso primitivo.

Es necesario, pues, poner la cuestión en el terreno de los hechos para que en su vista pueda el juicio dictar su inapelable fallo.

La *Revolución material* ha de ser un cambio que se opere en el organismo social, en sentido de destruir todas las causas que producen el malestar de los individuos y de establecer sobre bases sólidas la integridad física y moral de la vida humana.

Es indudable que para esto se necesita efectuar previamente la Revolución intelectual, consistente en el conocimiento exacto de lo malo, como si se tratara del diagnóstico de una enfermedad, y en los principios fundamentales y principales líneas de la sociedad reformada.

Este conocimiento, por efecto del monopolio de la riqueza social y consiguiente monopolio de la ciencia, no se halla al alcance de todos, ya que los medios de obtenerle están a la disposición de muy corto número, puesto que es sabido que pocos son los que gozan del privilegio de asistir a los centros de enseñanza superior, y aun éstos se supeditan a los métodos oficiales con el fin de obtener permiso para el ejercicio de una profesión determinada: muchos son los que se quedan con una instrucción primaria asaz insuficiente, y muchos más aún viven en las poblaciones rurales sin haber aprendido a leer ni escribir.

La realidad es así: muy pocos están en condiciones intelectuales para formular un pensamiento cuya realización exige el concurso de todos, y aún aquellos pocos, por el hecho de pertenecer al número de los privilegiados, tienen interés opuesto a toda reforma y constituyen, por tanto, el grupo conservador y eminentemente reaccionario.

Por otra parte, los efectos del monopolio de la ciencia son tales, que no permiten esperar el progreso de la instrucción en el sentido del mayor número, sino en el de concentrar más aún la vinculación

en favor de los privilegiados. Antes de la aplicación de la mecánica en grande escala a la producción, el obrero poseía un oficio, con cuya profesión ganaba un jornal que le permitía, con las siguientes privaciones, atender a las necesidades de su familia, de la cual era el jefe; su esposa atendía a las obligaciones domésticas, y los hijos se desarrollaban, iban a la escuela, y a la edad conveniente se dedicaban al aprendizaje de un oficio, con el cual, del mismo modo que su padre, cuando llegaban a la época de su vida en que por la naturaleza y por la ley alcanzaban su mayor edad, podían constituir nueva familia. Hoy la mecánica destruye los oficios, reemplaza el obrero inteligente, y, no siendo ya en muchas industrias necesaria la inteligencia técnica y práctica de buenos oficiales, porque la máquina toma la primera materia y la convierte en producto acabado y perfecto, llénanse las fábricas de mujeres y niños, que por un mezquino jornal desempeñan aquel trabajo accesario que requiere escasas condiciones intelectuales, y hacen competencia irresistible al obrero, su esposo o padre.

La nueva faz de la industria ha rebajado, pues, el nivel del obrero; y siguiendo de este modo, si ninguna alteración revolucionaria viniese a descubrir nuevos derroteros a la vida social, llegaríamos a la constitución de un cuerpo científico que vinculase en sí el saber, a semejanza de los sacerdotes egipcios, y una plebe embrutecida y abyecta que alimentase su inteligencia con mitos y supersticiones.

Tal es la fatalidad de los hechos económicos, contra la cual nada pueden la sabiduría de los legisladores, la estéril acción de los filántropos, la buena o mala voluntad de los gobiernos ni la acción trastornadora de los cambios políticos.

Ofrécese, pues, el caso singularísimo de que la revolución moral, precursora de la material, sólo puede ser hecha por los que no pueden quererla, mientras que los interesados en efectuarla hállanse privados de los medios para ello necesarios.

Y sin embargo, el progreso sigue imperturbable su marcha, y la Revolución Social, su consecuencia y término imprescindible, no puede dejar de cumplirse.

Correspóndeme, llegado a este punto, manifestar la ley sociológica que resuelve este conflicto; he de probar que lo que parece no tener razón de existir, existe con vitalidad avasalladora, para lo cual he de valerme de la consideración de hechos positivos y patentes.

Dada la división de la sociedad en privilegiados y desheredados, existen paralela a ella los efectos de la *posesión* y de la *aspiración*; por la primera acaban los privilegiados por consumir su actividad y su inteligencia en la molicie y en el hastío; por la segunda, los desheredados aguzan sus facultades huyendo de las privaciones e impulsados por el aguijón del deseo. La conducta de ambas

opuestas clases se halla en lógica correlación con su peculiar estado y circunstancias; de donde se infiere que mientras los privilegiados ruedan por la pendiente de la decadencia, los desheredados se elevan visiblemente hacia su dignificación.

La historia, con su carácter sintético, lo mismo que los hechos individuales, comprueban esta ley: pueblos dominadores, embriagados por el triunfo, caen en la corrupción y sucumben ante hordas semibárbaras repletas de valor y energía; dinastías fundadas por la audacia de un aventurero, perecen en la persona de un príncipe canijo; clases poderosas y respetadas, se ven suplantadas y aun anuladas por humildes plebeyos fortalecidos por el estudio y la perseverancia, y por último, vese hoy la burguesía, hija de la *Enciclopedia* y de la desamortización encenagarse en la orgía, amenazada de muerte por el proletariado militante, viviendo aún, no tanto por el poder de que todavía dispone, como por el refuerzo que recibe incesantemente, como clase abierta a los triunfos del éxito, de los proletarios favorecidos por la fortuna.

La lucha por la existencia, teoría inventada por los sabios para justificar el predominio de los privilegiados, resulta como favorecedora del proletariado, que ha ganado importantes victorias en las lides de la inteligencia y de la organización, manifestándose ilustrado en grado eminente en los célebres Congresos de la Internacional, valeroso en París y en Alcoy, potente y amenazador en Bélgica, Alemania y actualmente en Londres, heroico y sublime en Chicago.

De la comparación entre la actividad y tendencia de burguesía y proletariado, resulta que mientras la primera detenta el patrimonio universal y ha formado como un cauce, por donde las corrientes del progreso se dirigen a su propio beneficio, el segundo, puesta la mira en la integridad ideal de su derecho, rechaza ventajas más o menos ilusorias que se le ofrecen con el carácter de inmediatas; tales como el sufragio universal, la cooperación y la resistencia organizada para el aumento del salario y la rebaja de horas de trabajo.

Un ciego utilitarismo que absorbe los efectos de todas las energías del pasado y quiere sacrificar las exigencias de lo futuro a la conservación indefinida de lo presente, es un absurdo.

Un ideal que promete elevar a una altura racional a los que injustamente yacen sumidos en un abismo de ignominia, es eminentemente positivo y práctico. El proletariado, pues, tiene capacidad progresiva.

La última capa social, que en todos tiempos ha venido formando masa explotable y dirigible, apta únicamente como entidad informe para el trabajo o para la guerra, se descompone hoy en grupos e individualidades pensantes y activos, dándose el caso de que mientras las capas superiores se gastan o se disuelven, faltas de ideales que realizar, sólo los trabajadores asumen la misión de la vida, consistente en el movimiento y la marcha hacia un ideal de justicia.

Tan interesante fenómeno se explica por el hecho de que la experiencia y la ciencia colectiva se encarna en las costumbres y en el lenguaje de una manera casi material: *un rey*, después de haber visto a tantos destronados y a varios que han pagado con su sangre el crimen de lesa igualdad por el ejercicio de la soberanía, no es ya más que un funcionario encargado de servir de efecto decorativo al principio de autoridad; *un noble*, no es otra cosa que el heredero prostituido de un bárbaro guerrero; *un gobernante*, sólo es considerado como un audaz afortunado que ha tenido maña de escalar los más altos puestos del Estado; *un rico*, es un usurero que tiene talento para realizar negocios lucrativos; *un sacerdote*, es un hipócrita que predica lo que no cree y se come la parte del presupuesto destinada al sostenimiento de la ignorancia; *una fiesta religiosa*, se acepta con desconocimiento u olvido del motivo de su institución y sólo como una ocasión de descanso y de recreo, y por este estilo se juzga y califica todo cuanto brilla y predomina a la vez que tiene el carácter de causa y efecto del mal social. Para alcanzar estas síntesis del pensamiento, han sido necesarios grandes esfuerzos intelectuales de pensadores aislados, que si en su tiempo hubiesen tenido la audacia de declararlo con tanta crudeza, no hubieran ciertamente escapado al martirio y aun al desprecio de sus contemporáneos, y muchos tuvieron la desgracia de experimentarlo así, pero hoy forma la base de lo que puede llamarse la filosofía popular.

Cuando los oprimidos conocen y desprecian de este modo a sus opresores y además se afirma el gran principio de la reciprocidad por el lema “No hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes”, la Revolución intelectual de que habla el tema que estudio está ya hecha.

No se necesita más para que se produzca el gran cataclismo social que todos los revolucionarios anhelan: más ilustración, ya lo vemos, no puede darla el régimen burgués, y aun los trabajadores que por excepción se elevan por la instrucción del nivel común de sus compañeros, sirven generalmente para reforzar los falanges de privilegiados.

Tiene ya el proletariado un concepto claro de la igualdad de los individuos ante las leyes naturales, tiene igualmente condenadas las desigualdades del privilegio, afirma con no menor precisión su propósito de reconstituir la sociedad sobre la base de la igualdad natural y su consecuencia la libertad absoluta, y además, por las reuniones de grupos, los grandes meetings de propaganda, el periódico y el libro desarrolla las consecuencias de sus principios; no hizo tanto la burguesía europea para efectuar su emancipación, cuya iniciativa casi queda reducida a los enciclopedistas franceses.

Nos encontramos, pues, entre los restos del pasado, que se sostiene por la brutalidad del hecho, perdida la fe en los principios que para su sostenimiento se invocan, y las reivindicaciones de lo porvenir que se arraigan cada vez más en todas las conciencias.

Falta sólo dar el último golpe al privilegio, amparado ya en su único y final baluarte: el capitalismo.

Afirmo, pues, en conclusión: Se necesita, para la emancipación del ser humano, que la Revolución intelectual preceda a la material; pero esa Revolución en las ideas, lejos de obtenerse por los medios que ofrecen los privilegiados, se ha logrado ya desde que se reconoció que “la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”.